

GASPAR, EDITORES.

HECTOR SERVADAC

AVENTURAS Y VIAJES

POR EL MUNDO SOLAR.

ESCRITA EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR D. N. F. CUESTA.

Cuaderno ~~XXXX~~ Séptimo

MADRID

IMPRESA DE GASPAR, EDITORES

CALLE DEL PRÍNCIPE, NÚM. 4

1877

20-60 li

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

5712 S. UNIVERSITY AVE.

CHICAGO, ILL. 60637

TEL. 733-7300

1968

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

100-100000

247-1141

CAPITULO XVIII.

EN EL CUAL SE VERÁ QUE LOS GALIANOS SE PREPARAN PARA CONTEMPLAR DESDE CIERTA ALTURA EL CONJUNTO DE SU ASTEROIDE.

—¿Cuál podían ser las consecuencias de aquel grave acontecimiento bajo el punto de vista de Galia? El capitán Servadac y sus compañeros no se atrevían á responder á esta pregunta.

Volvió el sol á presentarse pronto sobre el horizonte, tanto mas pronto cuanto que la desmembración de Galia había empezado por producir este resultado. Si el sentido del movimiento de rotación del cometa no se había modificado y si continuaba girando sobre su eje de Oriente á Occidente, por lo menos la duración de la rotación diurna se había disminuido en la mitad. El intervalo entre dos salidas del sol no era ya mas que de seis horas en vez de doce. Tres horas despues de haberse presentado en el horizonte el astro radiante se ponía en el horizonte opuesto.

—¡Pardiez! dijo el capitán Servadac; ahora nuestro año va á ser de dos mil ochocientos días.

—No habrá bastantes santos en el calendario para ese año, dijo Ben-Zuf.

Y en efecto, si Palmirano Roseta hubiera querido rehacer su calendario con arreglo á la nueva duración de los días galianos, hubiera tenido que hablar del 238 de junio ó del 325 de diciembre.

En cuanto al fragmento de Galia que se había llevado á los ingleses y á Gibraltar, en breve apareció



visible que no gravitaba alrededor del cometa, y que, al contrario, se iba alejando mas y mas de él. ¿Pero se habia llevado consigo una parte cualquiera del mar y de la atmósfera de Galia? ¿Se encontraba en condiciones de habitabilidad suficientes? Y, en fin, ¿volveria alguna vez á la Tierra?

Esto no podia saberse sino mas adelante.

¿Cuáles eran las consecuencias de la desmembracion en la marcha de Galia? Esto era lo que el conde Timascheff, el capitán Servadac y el teniente Procopio se habian preguntado desde el principio. El primer efecto que habian sentido era un aumento de sus fuerzas musculares y una nueva disminucion de la gravedad. Habiendo disminuido la masa de Galia en una proporcion notable, ¿no se modificaria su celeridad, y no podia temerse un retraso ó un adelanto en su revolucion que evitasen el choque con la Tierra?

Esta hubiera sido una irreparable desgracia.

La celeridad de Galia, ¿habia variado por poco que fuese? El teniente Procopio no lo creia. Sin embargo, no se atrevia á decidir no teniendo conocimientos suficientes en estas materias.

Solo Palmirano Roseta podia responder á esta pregunta. Era preciso, pues, de una manera ó de otra, por la persuasion ó por la violencia, obligarle á hablar y á decir al mismo tiempo cuál era la hora precisa en que ocurriria el choque.

Desde luego, y durante los dias siguientes, se pudo observar que el profesor estaba de un humor endiablado. ¿Era por la pérdida de su famoso telescopio, ó era porque la division de Galia en dos fragmentos no habia alterado su celeridad, y por consiguiente iba á encontrar á la Tierra en el momento preciso? En efecto, si á consecuencia de la division del cometa se hubiera adelantado ó retrasado en su órbita, hasta el punto de comprometer su vuelta á la Tierra, la satisfaccion de Palmirano Roseta hubiera sido tan grande que no hubiera podido contenerla; y pues

que no manifestaba alegría ninguna, era que no tenía motivo para estar alegre, á lo menos bajo este punto de vista.

El capitán Servadac y sus compañeros fundaron sus conjeturas en esta observacion, pero no bastaba, era preciso arrancar á aquel erizo su secreto.

Al fin el capitán Servadac lo consiguió en las condiciones que vamos á referir :

Era el 18 de diciembre. Palmirano Roseta, exasperado, acababa de sostener una violenta discusion con Ben-Zuf, el cuál habia insultado al profesor en la persona de su cometa preguntando qué especie de astro era aquel que se rompía como un juguete de niño, que estallaba como una arpa vieja, que se hendía como una nuez seca. Tanto valía vivir en un obús, en una bomba cuya mecha está encendida, etc., en fin, ya se calculará fácilmente lo que Ben-Zuf habia podido formar sobre este tema. Los dos se habian arrojado á la cabeza reciprocamente, el uno Galia, el otro Montmartre.

La casualidad hizo que el capitán Servadac llegase en lo mas ardiente de la discusion. No sabemos si por inspiracion celeste ó por otra causa, se le ocurrió que pues la suavidad empleada de nada sirvió para obtener la revelacion que se esperaba de Palmirano Roseta, acaso la violencia seria mas eficaz, y tomó el partido de Ben-Zuf.

Esto aumentó la cólera del profesor, que se manifestó instantáneamente por las palabras mas duras.

El capitán Servadac fingió encolerizarse á su vez y dijo :

—Señor profesor, tiene usted una libertad de lenguaje que no me conviene, y que estoy resuelto á no sufrir por mas tiempo. Usted no recuerda que habla al gobernador general de Galia.

—Y usted, contestó el irascible astrónomo, olvida demasiado que está hablando con su propietario.

—No importa, señor profesor; los derechos de propiedad de usted son muy dudosos.

— ¿Dudosos?

— Y pues que nos es imposible ya volver á la Tierra, se conformará usted en adelante con las leyes que rigen en Galia.

— ¡Ah! ¿de veras? dijo Palmirano Roseta. ¿Tendré que someterme en adelante?

— Sí señor; ahora sobre todo, que Galia no debe volver á la Tierra, y que por consiguiente estamos destinados á vivir aquí eternamente, respondió el capitán Servadac.

— ¿Y por qué no debe Galia volver á la Tierra? preguntó el profesor con el acento del mas profundo desprecio.

— Porque habiéndose dividido en dos pedazos, respondió el capitán Servadac, su masa se ha disminuido, y por consiguiente ha debido verificarse un cambio en su celeridad.

— ¿Y quién ha dicho eso?

— Yo lo digo; y todo el mundo lo dice.

— Pues bien, capitán Servadac, usted, y todo el mundo son rusos...

— ¡Señor Roseta!

— Son unos ignorantes, unos asnos que no conocen nada de la mecánica celeste.

— ¡Cuidado, señor profesor!

— ¡Ni de la física la mas elemental!

— ¡Señor profesor!

— ¡Ah mal discípulo! dijo el profesor cuya locura llegaba al parasismo; ¡no he olvidado que en otro tiempo deshonraba usted mi clase!

— ¡Eso es demasiado!

— ¡Que era usted la ignominia del colegio de Carlo Magno!

— ¡Si usted no se calla!...

— No, no me callaré, y me oirá usted por mas capitán que sea. ¡Valientes físicos son ustedes! Porque la masa de Galia ha disminuido se figuran que eso ha podido modificar su celeridad tangencial! ¡Como si esa celeridad no dependiese únicamente de la pri-

mordial combinacion con la atraccion solar! ; Como si las perturbaciones no se calculasen, prescindiendo de la masa de los astros perturbados! ; Por ventura se conoce la masa de los cometas? No. ; Y no se calculan sus perturbaciones? Sí. ; Ah! ; me dan ustedes lástima!

El profesor se iba entusiasmando cada vez mas. Ben-Zuf, tomando por lo serio la cólera del capitán Servadac le dijo:

—¿Quiere usted que le parta en dos, mi capitán, como se ha partido su cometa?

—Pues bien, ; atrévase usted á tocarme siquiera con el dedo! exclamó Palmirano Roseta enderezándose todo lo que permitia su pequeña estatura.

—Señor profesor, dijo vivamente el capitán Servadac, yo sabré hacer entrar á usted en razon.

—Y yo le llevaré á usted ante los tribunales competentes por amenazas y vias de hecho.

—¿Los tribunales de Galia?

—No, señor capitán, los de la Tierra.

—¡Bah! la Tierra está muy lejos, repuso el capitán Servadac.

—Por lejos que esté, exclamó Palmirano Roseta escesivamente sofocado; no dejaremos de cortar su órbita en el nudo ascendente en la noche del 31 de diciembre al 1.º de enero, y llegaremos á ella á las dos horas cuarenta y siete minutos treinta y cinco segundos y seis décimas de segundo de la mañana...

—Mi querido profesor, respondió el capitán Servadac haciéndole un gracioso saludo; no queria saber mas de usted.

Y se separó de Palmirano Roseta, que se quedó estupefacto, y á quien Ben-Zuf creyó tambien dirigir un saludo no menos gracioso que el de su capitán.

Héctor Servadac y sus compañeros sabian al fin lo que tanto interés tenian en saber. A las dos horas, cuarenta y siete minutos, treinta y cinco segundos y seis décimas de la mañana, se efectuaría el choque.

Así, pues, faltaban quince dias terrestres, ó sean treinta y dos dias galianos del antiguo calendario, ó sesenta y cuatro del nuevo.

Entre tanto los preparativos para la partida se hacian con ardor sin igual; todos ansiaban el momento de salir de Galia, y á todos parecia el globo inventado por el teniente Procopio el medio mas seguro de llegar al globo terrestre. Deslizarse con la atmósfera galiana en la atmósfera terrestre, parecia la cosa mas fácil del mundo, olvidándose los mil peligros de aquella situacion sin precedente en los viajes aerostáticos. Nada les parecia mas natural; y sin embargo, el teniente Procopio repetia con razon que el globo, bruscamente detenido en su movimiento de traslacion, seria quemado con toda la gente que llevara, á no intervenir un milagro. El capitán Servadac se mostraba en presencia de los colonos entusiasmado, y Ben-Zuf, que siempre habia querido dar un paseo en globo, pensaba haber llegado al colmo de sus deseos.

El conde Timascheff, mas frio, y el teniente Procopio, mas reservado, reflexionaban sobre los peligros que ofrecia aquella tentativa. Pero estaban prontos á todo.

En aquella época el mar, libre de sus hielos, habia vuelto á ser navegable. Arreglóse la chalupa de vapor, y con lo que quedaba de carbon se hicieron varios viajes á la isla de Gurbí.

El capitán Servadac, Procopio y algunos rusos fueron los primeros que emprendieron este viaje, y encontraron la isla del Gurbí y el cuerpo de guardia respetados por aquel largo invierno.

Varios arroyuelos regaban la superficie del suelo; las aves que habian abandonado la Tierra Caliente, se habian instalado en aquel rincon de tierra fértil, donde volvian á ver el verdor de las praderas y de los árboles. Nuevas plantas aparecian bajo la influencia de aquel calor ecuatorial de los dias de tres horas; el sol derramaba sobre ellos sus rayos perpen-

diculares con extraordinaria intensidad. Era el estío ardiente sucediendo casi de repente al invierno.

En la isla de Gurbí se recogió la yerba y la paja que debían servir para hinchar el globo. Si este enorme aparato no hubiera tenido un volumen tan grande, quizá lo habrían trasladado por mar á la isla de Gurbí. Pero pareció preferible remontarse desde la Tierra Caliente, y llevar allí el combustible destinado á operar la rarefaccion del aire.

Ya para las necesidades diarias se quemaba la leña procedente de los restos de los dos buques. Cuando se trató de utilizar la de la urca, Isaac Hakhabut quiso oponerse á ello; pero Ben-Zuf le hizo entender que si se oponía le harían pagar cincuenta mil francos por su sitio en la navicilla del globo, y entonces Isaac Hakhabut suspiró y guardó silencio.

Llegó el 25 de diciembre. Todos los preparativos para la partida estaban terminados, y se festejó la Navidad como se habia festejado un año antes, aunque con un sentimiento religioso mas vivo. En cuanto al primer día del año inmediato, los colonos contaban celebrarle en la Tierra, y Ben-Zuf llegó hasta prometer buenos aguinaldos para aquel día al jóven Pablo y á la niña.

—Mirad, les dijo, es como si los tuviérais en la mano.

Aunque sea difícil de admitir, debemos observar que á medida que se acercaba el momento supremo, el capitán Servadac y el conde Timascheff pensaban en cosas muy ajenas á los peligros de la llegada á la Tierra. La frialdad que manifestaba uno respecto de otro no era fingida; aquellos dos años que acababan de pasar juntos lejos de la Tierra, era para ellos como un sueño olvidado, é iban á encontrarse en el terreno de la realidad, enfrente uno de otro. Una imágen hechicera se interponía entre ambos, y les impedía verse como en otro tiempo.

Entonces le ocurrió al capitán Servadac el pensamiento de acabar aquel famoso rondó cuya última

copla habia quedado por terminar. Algunos versos mas, y aquel delicioso poemita estaria completo. Galia habia arrebatado un poeta á la Tierra y le devolveria un poeta.

El capitán pasaba y repasaba todas sus rimas en su cerebro.

En cuanto á los demas habitantes de la colonia, el conde Timascheff y el teniente Procopio deseaban ardientemente volver á ver la Tierra, y los rusos no tenian mas que un pensamiento, seguir á su amo y donde quisiera llevarles.

Los españoles se habian encontrado tan bien en Galia, que de buena gana hubieran pasado en ella el resto de sus dias. Pero en fin, Negrete y los suyos no dejaban de sentirse atraidos por el deseo de volver á ver las risueñas campiñas de Andalucía.

Pablo y Nina deseaban tambien volver á la Tierra con todos sus amigos, pero con la condicion de no separarse nunca.

Quedaba un solo descontento: el malogrado Palmirano Roseta. Su cólera no cedia, y juraba que no se embarcaria en la navecilla. Pretendia no abandonar su cometa y continuar en él noche y dia sus observaciones astronómicas. ¡Ah! ¡qué falta le hacia su anteojo! Galia iba á penetrar en aquella estrecha zona de las estrellas errantes. ¿No habia allí fenómenos que observar, y algun descubrimiento que hacer?

El astrónomo desesperado empleó entonces un medio heróico, aumentandola pupila de sus ojos á fin de reemplazar un poco la fuerza óptica de su anteojo. Sometióse á la accion de la belladona, ingrediente que tomó de la botica de la Colmena de Nina, y entonces miró y miró hasta casi cegar.

Pero aunque así aumentó la intensidad de la luz que se pintaba en su retina, no vió nada ni descubrió nada.

Los últimos dias pasaron en una sobrecitacion febril, de la cual nadie estuvo esento. El teniente Procopio vigilaba la ejecucion de los últimos perm-

nores. Los dos mástiles mas pequeños de la goleta fueron plantados en la playa para servir de sosten al enorme globo todavía no hinchado, pero revestido ya de la red. La navecilla estaba tambien allí, bastante para contener los pasajeros. Algunos odres atados á su quilla debian permitirle sobrenadar por algun tiempo, en el caso de que el globo cayese en el mar cerca de un litoral. Evidentemente si caia en medio del Océano, se iria á pique en breve con todos los que llevaba, á no ser que pasara algun buque á punto para recogerlos.

Los días 26, 27, 28, 29 y 30 de diciembre transcurrieron. No quedaban mas que cuarenta y ocho horas terrestres que pasar en Galia.

El 31 de diciembre llegó. Aun faltaban veinticuatro horas, al cabo de las cuales el globo levantado en la atmósfera por el aire caliente y rarificado, se cerniera sobre el suelo de Galia. Es verdad que aquella atmósfera era menos densa que la de la Tierra, pero ya se considerará tambien que siendo menor la atraccion, el aparato seria menos pesado.

Galia se hallaba entonces á cuarenta millones de leguas del Sol, distancia un poco superior á la que separa al Sol de la Tierra. Adelantábase con excesiva rapidez hácia la órbita terrestre que iba á cortar en su nudo ascendente, precisamente en el punto de la eclíptica que ocuparia á su paso el esferóide. La distancia que separaba al cometa de la Tierra no era mas que de dos millones de leguas; y marchando los dos astros el uno hácia el otro, aquella distancia iba á ser recorrida á razon de ochenta y siete mil leguas por hora, haciendo Galia cincuenta y siete mil, y la Tierra unas veintinueve mil.

En fin, á las dos de la mañana los galianos se prepararon á marchar. La colision debia tener efecto al cabo de cuarenta y siete minutos y treinta y cinco segundos.

Por consecuencia de la modificacion del movimiento de rotacion de Galia sobre su eje, era enton-

ces de día, y de día también en la parte del globo terrestre con la cual iba á chocar el cometa.

Hacia una hora que se había hinchado el globo, operación que había salido perfectamente. El enorme aparato, valanceándose entre los dos mástiles, estaba pronto á partir, y la navecilla unida á la red no esperaba más que á los pasajeros.

Galia no estaba ya más que á setenta y cinco mil leguas de la Tierra.

Isaac Hakhabut tomó sitio antes que ninguno en la barquilla.

Pero en aquel momento el capitán Servadac observó que el judío llevaba un enorme cinto.

—¿Qué es eso? le preguntó.

—Esto, señor gobernador, respondió Isaac Hakhabut; es mi modesto capital, que llevo conmigo.

—Y, ¿qué pesa el modesto capital de usted?

—¡Oh! unos treinta kilos solamente.

—¡Treinta kilos, y nuestro globo no tiene más fuerza ascensional que la necesaria para levantarnos! Maese Isaac, tire usted ese inútil peso.

—Pero, ¡señor gobernador!

—Es inútil, pues, que no podemos sobrecargar de ese modo la barquilla.

—¡Dios de Israel! exclamó el judío, toda mi hacienda, todo mi capital tan penosamente ganado.

—Bien sabe usted, maese Isaac, que su oro no tendrá ya ningún valor en la Tierra, pues que Galia vale doscientos cuarenta y seis trillones.

—Pero, ¡señor gobernador, por piedad!

—¡Vamos, Matatías! dijo entonces Ben-Zuf, líbranos de tu presencia ó de tu oro: escoge.

El desdichado judío tuvo que deshacerse de su enorme cinturón, lo que hizo con lamentaciones y exclamaciones de que no podríamos dar una idea.

Con Palmiramo Roseta hubo otra escena. El sábio, rabioso, pretendía no salir del núcleo de su cometa. Aquello era arrancarle de su propiedad: por lo demás, aquel globo era un aparato absurdamente ima-

ginado: el paso de una atmósfera á otra no podría verificarse sin que el globo se quemara como una simple hoja de papel. Habia menos peligro en permanecer en Galia y en el caso en que Galia no hiciese mas que rozar la Tierra, á lo menos, Palmirano Roseta continuaria gravitando con ella. En fin, dió mil razones acompañadas de imprecaciones furibundas ó grotescas, tales como amenazas de llenar de castigos al mal discípulo de Servadac.

A pesar de todo el profesor fue introducido el segundo en la barquilla, atado y mantenido por dos robustos marineros. El capitán Servadac, resuelto á no dejarle en Galia, le habia embarcado de aquella manera un poco brusca.

Fue preciso tambien abandonar los dos caballos y la cabra de Nina, abandono doloroso para el capitán, para Ben-Zuf y para la niña; pero era imposible llevarlos. De todos los animales solamente la paloma de Nina tenia un sitio reservado. ¿Quién sabe, por lo demás, si aquella paloma no podría servir de mensajero entre los pasajeros de la barquilla y algun punto de la superficie terrestre?

El conde Timascheff y el teniente Procopio se embarcaron á invitacion del capitán.

Este se hallaba aún sobre el suelo galiano con el fiel Ben-Zuf.

—Vamos, Ben-Zuf, á tí te toca, le dijo.

—Despues de usted, mi capitán.

—No; debo quedar el último á bordo, como un comandante que se vé obligado á abandonar su buque.

—Sin embargo...

—¡Embárcate, te digo!

—¡Por obediencia, entonces! respondió Ben-Zuf. Ben-Zuf entró en la barquilla y el capitán Servadac despues de él.

Entonces se cortaron las últimas cuerdas y el globo se levantó magestuosamente en la atmósfera.

CAPITULO XIX.

EN EL CUAL SE ENUMERAN MINUTO POR MINUTO LAS SENSACIONES É IMPRESIONES DE LOS PASAJEROS DE LA BARQUILLA.

El globo llegó á una altura de dos mil quinientos metros y el teniente Procopio resolvió mantenerle en esta zona. Una hornilla de alambre, suspendida del apéndice inferior del aparato y cargada de yerba seca, estaba dispuesta para encenderse fácilmente y conservar el aire interior en el grado de rarefaccion necesario para que el globo no bajase.

Los pasajeros de la navecilla miraban alrededor, hacía arriba y hacía abajo del sitio donde estaban.

Debajo se extendia una gran parte del mar galiano que parecia formar un estanque cóncavo. Hacia el Norte habia un punto aislado que era la isla de Gurbí.

En vano se hubiera buscado hacía el Oeste los islotes de Gibraltar y de Centa. Habian desaparecido.

Al Sur se levantaba el volcan, dominando el litoral y el vasto territorio de la Tierra Caliente. Aquella península se unia al continente que servia de cuenca al mar galiano. En todas partes se ofrecia aquel extraño aspecto, aquella contestura laminar entonces irisada bajo los rayos solares; en todas partes aquella materia mineral de telururo de oro que parecia constituir esclusivamente el armazon del cometa, el núcleo duro de Galia.

Alrededor de la barquilla y por cima del horizon-

te, que parecia haberse estendido con el movimiento ascensional del globo, se veia el cielo con extraordinaria pureza. Pero hácia el Noroeste, en oposicion con el Sol, gravitaba un astro nuevo, menos que un astro, menos que un asteroide, lo cual seria una especie de bólido. Era el fragmento de Galia arrancado por una fuerza interior, el cual se alejaba siguiendo una nueva trayectoria y su distancia se medía entonces por muchos millares de leguas; por lo demás era poco visible y al llegar la noche debia mostrarse como un punto luminoso en el espacio.

En fin, por cima de la barquilla, un poco oblicuamente, se presentaba el disco terrestre en todo su esplendor, pareciendo que se precipitaba sobre Galia y ocultando una parte considerable del cielo.

Aquel disco espléndidamente iluminado deslumbraba la vista. La distancia era ya relativamente demasiado corta para que fuese posible distinguir á la vez los dos polos. Galia se encontraba mucho mas cercana de la Tierra que lo está la Luna á su distancia media, distancia que se disminuía á cada minuto en una enorme proporcion. Diversas manchas brillaban en la superficie del globo terrestre, las unas con grande esplendor que eran los continentes, las otras mas oscuras por lo mismo que absorbian los rayos solares y estas eran los oceanos. Por cima se movian lentamente grandes zonas blancas oscurecidas sin duda en su faz opuesta, que eran las nubes esparcidas por la atmósfera terrestre.

En breve, con semejante velocidad de veinte y nueve leguas por segundo, el aspecto, un poco vago del disco de la Tierra, se dibujó mas claramente; los grandes cordones litorales se destacaron; y los relieves se acentuaron; ya no se confundian las montañas con las llanuras; el mapa se accidentó y parecia á los observadores de la barquilla como si estuviesen mirando una carta en relieve.

A las dos y veinte y siete minutos de la mañana, el cometa estaba tan solo á treinta mil leguas del esferoide terrestre. Los dos astros volaban el uno hácia el otro y á las dos horas y treinta y siete minutos la distancia no era mas que de quince mil leguas.

Entonces se distinguian las grandes líneas del disco y tres gritos se escaparon á la vez de los lábios del teniente Procopio, del conde Timascheff y del capitán Servadac.

—¡La Europa!

—¡La Rusia!

—¡La Francia!

No se engañaban. La Tierra volvía hácia Galia aquella faz en que estaba el continente europeo en pleno medio día, y la conflagración de cada país se distinguía muy fácilmente.

Los pasajeros de la barquilla miraban con viva emoción aquella Tierra próxima á absorberlos. No pensaban mas que en poner en ella el pie, sin acordarse de los peligros que iban á correr. Se trataba de volver á entrar en el seno de la humanidad, de la cual se habían creído separados para siempre.

Sí, aquella era la Europa que se ostentaba visiblemente á sus ojos. Veían sus diversos Estados con la configuración estraña que la naturaleza ó los convenios internacionales la han dado.

La Inglaterra en forma de una señora que marcha hácia el Oriente, vestida de su túnica de largos repliegues, con la cabeza adornada de islotes y de islas.

La Suecia y la Noruega en forma de un león magnífico que desarrolla sus lomos de montañas, precipitándose sobre la Europa desde el seno de las comarcas hiperbóreas.

La Rusia un enorme oso polar con la cabeza vuelta hácia el continente asiático, la pata izquierda apoyada en la Turquía, y la derecha en el Cáucaso.

Austria como un gran gato hecho un ovillo, durmiendo con un sueño agitado.

La España desplegada como un pabellon al estremo de la Europa; pabellon fijado en el Yacht de Portugal.

La Turquía como un gallo que se levanta despues de haber caido, y que con una garra abraza el litoral asiático, y con la otra la Grecia.

La Italia como una bota elegante y fina que parece jugar con la Sicilia, la Cerdeña y la Córcega.

La Prusia como un hacha formidable profundamente empotrada en el imperio aleman, y cuyo filo roza á la Francia.

La Francia, en fin, un toro vigoroso cuyo corazon es Paris.

Todo esto se veia y se sentia; el pecho de todos rebosaba de emocion, y, sin embargo, una nota cómica estalló en medio de aquella impresion general.

—¡Montmartre! exclamó Ben-Zuf.

Nadie se hubiera atrevido á sostener en aquella ocasion, contra el asistente del capitán Servadac, que no podia verse de tan lejos su cerro favorito.

En cuanto á Palmirano Roseta, con la cabeza inclinada fuera de la navecilla, no tenia miradas sino para aquella Galia abandonada, que flotaba á dos mil quinientos metros debajo de él, y no queria ver aquella Tierra que le llamaba á sí. No observaba mas que su cometa, vivamente iluminado por la irradiacion general del espacio.

El teniente Procopio, con el cronómetro en la mano, contaba los minutos y los segundos. El fuego que sostenia el globo, reanimado por su orden, de cuando en cuando le mantenía en la zona conveiente.

Entre tanto se hablaba poco en la barquilla. El capitán Servadac y el conde Timascheff observaban ávidamente la Tierra. El globo se encontraba un poco inclinado hácia un lado, pero detrás de Galia, es decir, que el cometa debia preceder en su caída al aparato aerostático, circunstancia favorable, pues que este al introducirse en la atmósfera terrestre

no tendria que hacer una evolucion completa.

¿Pero dónde caeria? ¿Sería en algun continente? Y en este caso ¿ofrecia algun recurso á los pasajeros? ¿Serian fáciles las comunicaciones con alguna parte habitada del globo?

¿Caeria en algun Océano? Y en tal caso ¿podria contarse con el milagro de un buque que viniera á salvar á los náufragos?

¿Qué de peligros por todas partes! Indudablemente el conde Timascheff habia tenido razon al decir que él y sus compañeros estaban absolutamente en las manos de Dios.

—Las dos y cuarenta y dos minutos, dijo el teniente Procopio en medio del silencio general.

Faltaban cinco minutos treinta y cinco segundos y seis décimos de segundo, para que los dos astros chocaran uno con otro... Su distancia era entonces de menos de ocho mil leguas.

El teniente Procopio observó á la sazón que el cometa seguia una direccion un poco oblicua á la Tierra. Los dos astros no corrian en la misma línea; sin embargo, se debia creer que habria detencion súbita y completa del cometa, y no por un simple roce, como se habia efectuado dos años antes. Si Galia no chocaba normalmente con el globo terrestre, á lo menos habria una buena rozadura, como dijo Ben-Zuf.

En fin, si ninguno de los pasajeros de la barquilla debia sobrevivir al choque; si el globo, cogido entre dos remolinos atmosféricos en el momento de fusionarse las dos atmósferas, se desgarraba y era precipitado al suelo; si ninguno de los galianos debia volver entre sus semejantes, ¿iba á desaparecer para siempre todo recuerdo de su paso por el cometa, de su peregrinacion por el mundo solar?

No; el capitán Servadac tuvo una idea. Arrancó una hoja de su cartera, y en ella inscribió el nombre del cometa, el de las partículas arrebatadas al globo terrestre, y el de sus compañeros, y lo firmó todo con el suyo.

Después pidió á Nina su paloma viajera que la niña tenia estrechada contra su pecho.

La niña después de haberla besado tiernamente, la entregó sin vacilar.

El capitán Servadac tomó la paloma, le ató al cuello su nota y la lanzó al espacio.

La paloma bajó dando vueltas por la atmósfera galiana y se mantuvo en una zona menos elevada que el globo. Transcurrieron dos minutos en los cuales se habían recorrido tres mil doscientas leguas. Los dos astros iban á encontrarse con una celeridad tres veces mayor que la que anima á la Tierra á lo largo de la eclíptica.

Inútil es decir que los pasajeros de la barquilla no sentían nada de aquella espantosa celeridad, y que su aparato parecia absolutamente inmóvil en medio de la atmósfera que le llevaba.

—Las dos y cuarenta y seis minutos, dijo el teniente Procopio.

La distancia se hallaba reducida á mil setecientas leguas. La tierra parecia abrirse como un embudo debajo del cometa. Hubiérase dicho que abria los brazos para recibirlos.

—Las dos y cuarenta y siete minutos, dijo otra vez el teniente Procopio.

Ya no faltaban mas que treinta y cinco segundos y seis décimas con una celeridad de doscientas setenta leguas por segundo.

En fin, se sintió una especie de estremecimiento, Era el aire galiano atraído por la atmósfera de la Tierra y con él era atraído tambien el globo que se alargaba hasta el punto de hacer creer que iba á romperse.

Todos se asieron de los bordes de la barquilla espantados...

Entonces las dos atmósferas se confundieron; formóse una masa compacta de nubes; se acumularon los vapores; los pasajeros de la barquilla no vieron ya nada, ni encima ni debajo de ellos; parecióles que



una llama inmensa les envolvía; que faltaba el punto de apoyo bajo sus pies; y sin saber cómo y sin poder explicarlo, se encontraron en el suelo terrestre. Durante un desmayo habían dejado la Tierra y durante otro desmayo volvían á ella.

En cuanto al globo aerostático no habia quedado el menor vestigio.

Al mismo tiempo Galia huía oblicuamente por la tangente y contra toda prevision, despues de haber rozado el globo terrestre desaparecia hacia el Oriente del mundo.

CAPITULO XX.

EL CUAL EN CONTRAPOSICION Á TODAS LAS REGLAS DE LA NOVELA NO TERMINA POR EL CASAMIENTO DEL HEROE.

—¡Ah, mi capitan, la Argelia!

—¡Y Mostaganem, Ben-Zuf!

Tales fueron las dos exclamaciones que se escaparon á la vez de la boca del capitan Servadac y de la de su asistente cuando recobraron con los demas compañeros el conocimiento.

Por un milagro, imposible de explicar como todos los milagros, se hallaban sanos y salvos.

Mostaganem, la Argelia, habian dicho el capitan Servadac y su asistente, y no podian engañarse habiendo estado muchos años de guarnición en aquella parte de la provincia.

Volvian, pues, casi al sitio de donde habian salido al cabo de un viaje de dos años por el mundo solar.

Una casualidad asombrosa, si podemos llamarla casualidad, pues que Galia y la Tierra se encontraban al mismo tiempo sobre el mismo punto de la eclíptica les habia traído precisamente á su punto de partida.

Estaban á menos de dos kilómetros de Mostaganem.

Media hora despues el capitan Servadac y todos sus compañeros hacian su entrada en la ciudad.

Lo que debió parecerles sorprendente fue que todo parecia tranquilo en la superficie de la tierra. La poblacion argelina se entregaba pacíficamente á sus

ocupaciones ordinarias; los animales, nada alarmados, pacían la yerba un poco húmeda con el rocío de enero; debían ser sobre las ocho de la mañana y el sol se levantaba sobre su horizonte acostumbrado. No solamente no parecía que hubiese ocurrido nada anormal en el globo terrestre, sino que tampoco había síntomas de que nada anormal hubieran esperado los habitantes.

—¿Qué es esto? dijo el capitán Servadac: ¿no estaban advertidos de la llegada del cometa.

—Así es de creer, respondió Ben-Zuf. Y yo que contaba con una entrada triunfal!

Evidentemente no se esperaba el choque del cometa; porque de otro modo el pánico hubiera sido extraordinario en todos los puntos del globo y sus habitantes se hubieran creído próximos al fin del mundo, aun más que lo creyeron en el año mil.

En la puerta de Mascara, el capitán Servadac encontró precisamente á sus dos compañeros, el comandante del segundo de tiradores y el capitán del octavo de artillería. Al verlos se precipitó en sus brazos.

—¡Es usted Servadac! exclamó el comandante.

—Yo mismo.

—¿Y de dónde viene usted mi pobre amigo, después de esta inexplicable ausencia?

—Yo se lo diría á usted de buena gana, pero si se lo dijese no me creería.

—Sin embargo.....

—Amigos míos; estrechen ustedes la mano de un camarada que no les ha olvidado, y convengamos en que yo he estado soñando.

Y Héctor Servadac, por más que hicieron sus amigos no quiso decir otra cosa.

Solo se contentó con hacer una pregunta á los dos oficiales.

—¿Y la señora de...?

El comandante de tiradores que comprendió el objeto de la pregunta no le dejó acabar.

—Casada amigo mio casada otra vez, le contestó. ¿Qué quiere usted? Los ausentes nunca tienen razon.

—En efecto, respondió el capitán Servadac no hay razon para recorrer por espacio de dos años el país de las quimeras.

Después volviéndose hácia el conde Timascheff le dijo:

—Señor conde ya lo ha oído usted, y á la verdad me alegro de no tener ya motivo para reñir.

—Y yo capitán, celebro mucho poder estrechar á usted cordialmente la mano sin segunda intencion.

—Tambien me alegro yo, murmuró Héctor Servadac de otra cosa, y es de no tener que concluir mi horrible rondó.

Y los dos rivales, que no tenían ya razon para serlo, sellaron dándose la mano una amistad que ya no debia romperse nunca.

El conde Timascheff de acuerdo con sus compañeros, se manifestó igualmente reservado acerca de los acontecimientos extraordinarios de que habian sido testigos, y de los cuales los mas inexplicables eran su partida y su llegada. Lo que les pareció de todo punto asombroso, fué que todo estaba en su sitio en el litoral mediterráneo.

Decididamente valia mas callar.

Al dia siguiente la pequeña colonia se separó. Los rusos volvieron á Rusia con el conde Timascheff y el teniente Procopio; los españoles se dirigieron á España donde la generosidad del conde debia ponerles para siempre al abrigo de la miseria. Todos se separaron después de haberse prodigado recíprocamente las muestras de la mas sincera amistad. Isaac Hakhabut arruinado por la pérdida de la *Hansa*, y por el abandono que habia tenido que hacer de su oro y de su plata desapareció; pero debe confesarse que no hubo nadie que preguntara por él.

—Ese viejo tuno, dijo un dia Ben-Zuf irá á exhibirse en América como hombre que vuelve del mundo solar.

En cuanto á Palmirano Roseta ninguna consideracion, como puede muy bien creerse le hubiera obligado á callar. Por consiguiente habló... Le negaron la existencia de su cometa porque ningun astrónomo le habia visto en el horizonte terrestre; y por consiguiente el tal cometa no fue inscrito en el catálogo. Entonces la rábia del irascible profesor, llegó á un punto imposible de imaginar, y dos años despues de su vuelta publicó una voluminosa memoria que contenia con los elementos de Galia, la relacion de sus propias aventuras.

Entonces se dividieron los pareceres entre los hombres científicos de Europa. Los unos, en gran número, se declararon contra el autor; los otros en pequeño número en pró.

Una respuesta á esta memoria, probablemente la mejor que podia darse, redujo todo el trabajo de Palmirano Roseta á su justa medida intitulándole: *Historia de una hipótesis.*

Esta impertinencia elevó á su colmo la cólera del profesor, que entonces pretendió haber vuelto á ver gravitando por el espacio no solamente á Galia, sino tambien al fragmento del cometa que se llevaba los trece ingleses, por los espacios infinitos del universo sideral. Jamás debia consolarse de no ser su compañero de viaje. En fin, Héctor Servadac y Ben-Zuf, hubieran ó no hecho la exploracion inverosímil del mundo solar, no por eso dejaron de ser el uno el capitán, y el otro su asistente inseparable.

Un dia paseando por el cerro de Montmartre, y seguros de que nadie les oia hablaron de sus aventuras.

—Quizá no son ciertas despues de todo, decia Ben Zuf.

—;Pardiez acabaré por creerlo! respondió el capitán Servadac.

En cuanto á Pablo y á Nina, adoptados el uno por el conde Timascheff y la otra por el capitán Servadac, fueron educados é instruidos bajo su direccion.

Un día el coronel Servadac cuyos cabellos comenzaban á encanecer, casó al jóven español que se habia hecho un gallardo mancebo, con la pequeña italiana que habia llegado á ser una hermosa jóven. El conde Timascheff quiso llevar por sí mismo el dote de Nina.

Los dos jóvenes esposos, no fueron menos felices que si hubieran sido el Adán y la Eva de un nuevo mundo.

FIN DE LA SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE.

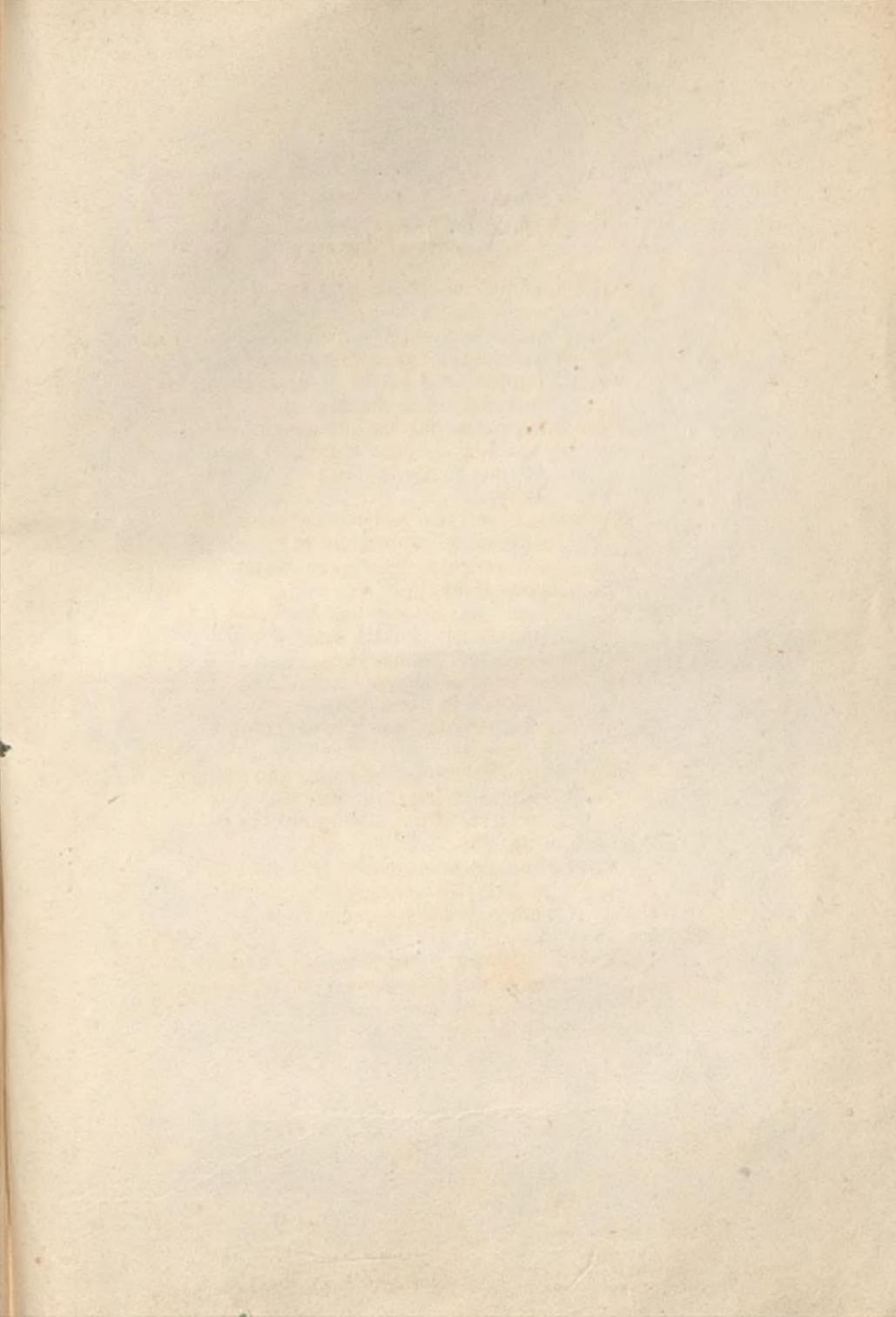
INDICE.

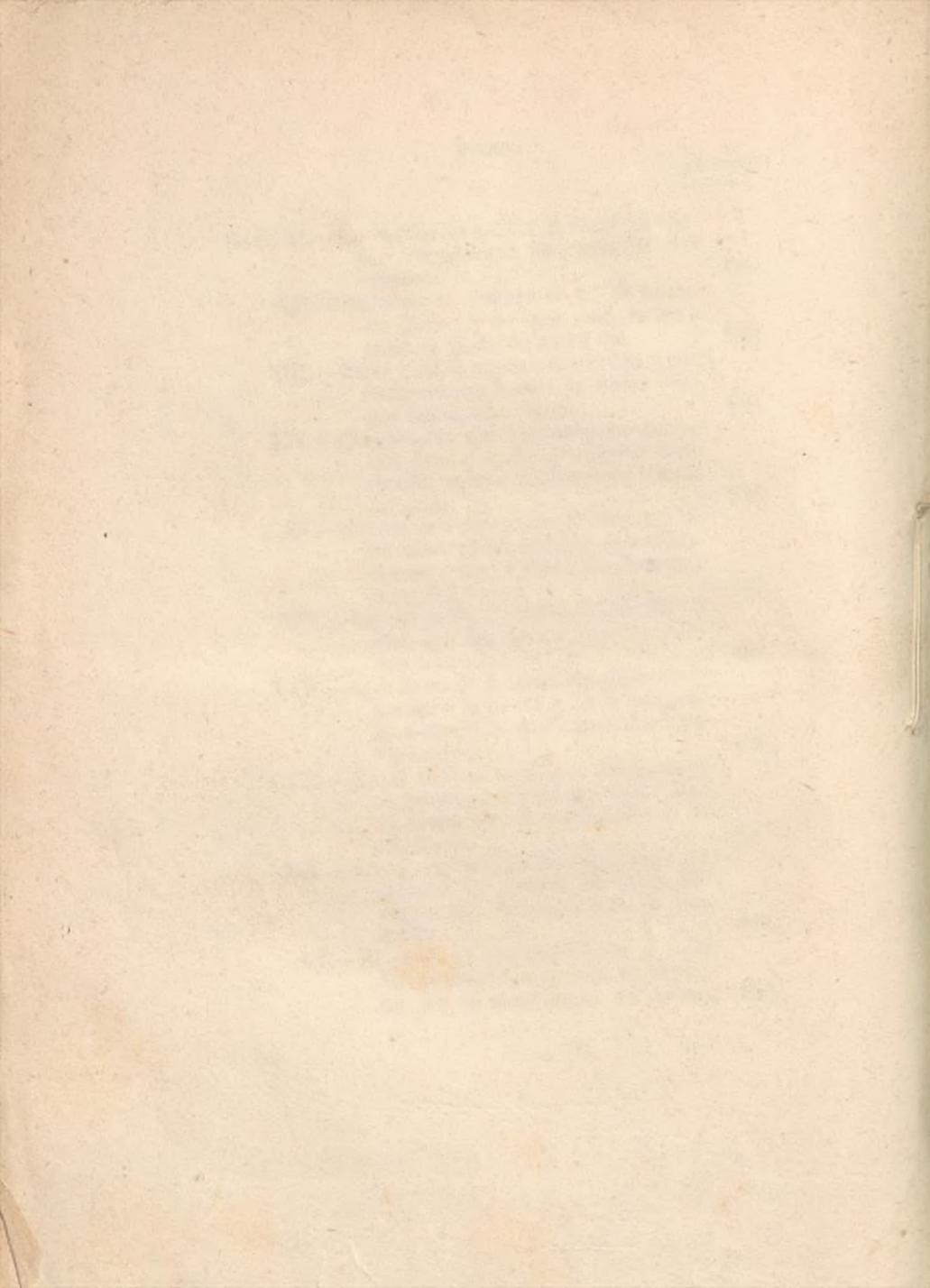
PÁGINAS.

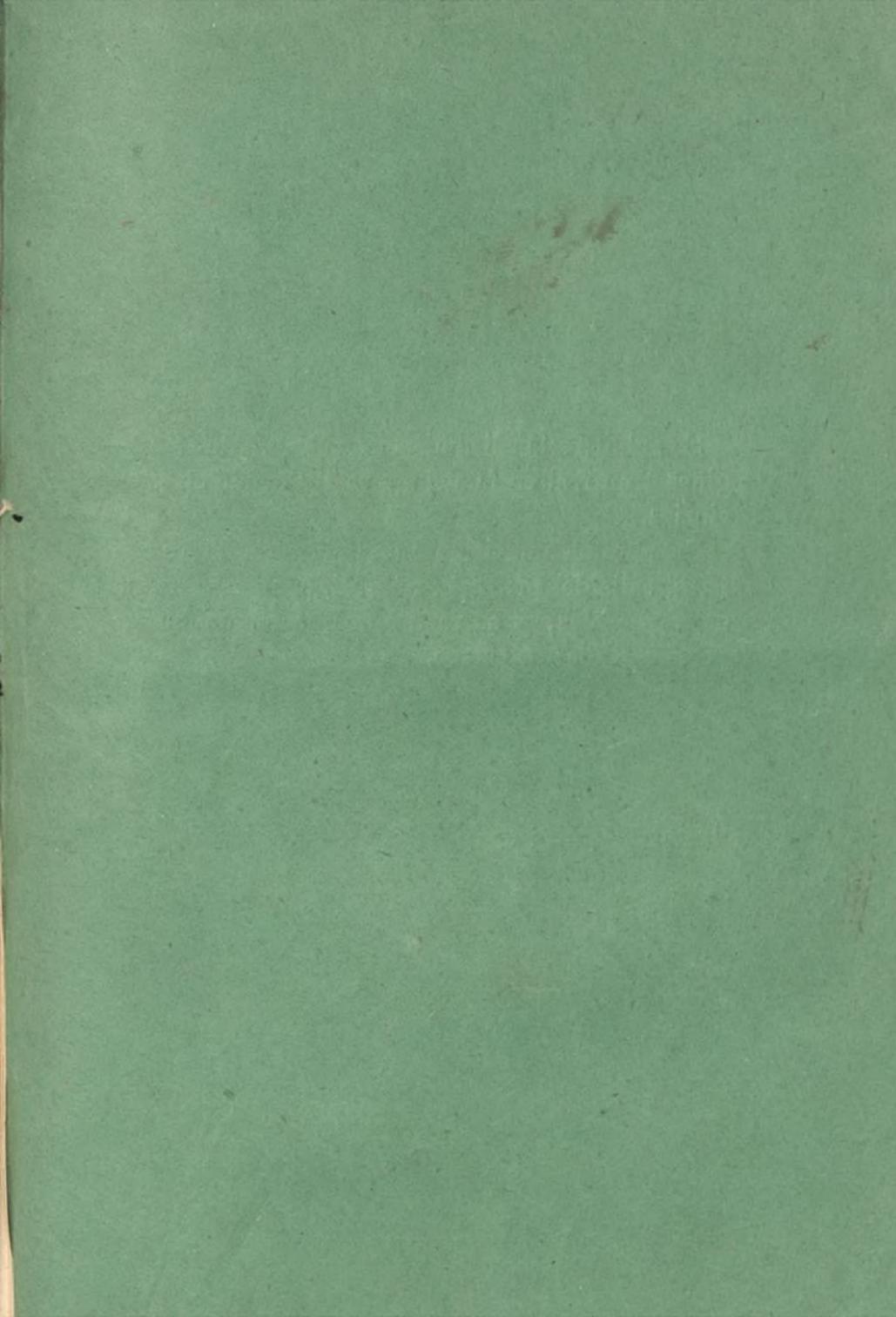
CAP. I.—En el cual se presenta sin ceremonia el trigésimo-sesto habitante del esferóide galiano.	5
II.—Cuyas últimas palabras enseñan al lector lo que sin duda ha adivinado ya.	17
III.—Variaciones sobre el antiguo tema tan conocido de los cometas del mundo solar y de otros.	26
V.—En el cual se verá á Palmirano Roseta tan satisfecho de su suerte, que da mucho en que pensar.	40
V.—En el cual el capitán Servadac es bastante maltratado por el profesor Palmirano Roseta.	52
VI.—En el cual se verá que Palmirano Roseta tiene razon para hallar insuficiente el material de la colonia.	63
VII.—Donde se verá que el judío encuentra una magnífica ocasion de prestar su dinero á mas de mil ochocientos por ciento.	74
VIII.—En el cual el profesor y sus discipulos juegan con billones, trillones y miles de millones.	84
X.—En el cual se trata únicamente de Júpiter, llamado por otro nombre el gran perturbador de cometas.	96
X.—En el cual se demostrará claramente que vale mas traficar en la tierra que en Galia.	108



CAP. XI.—En el cual los sabios de Galia se lanzan en ideas á los infinitos del espacio.	119
XII.—De cómo se celebró el 1.º de enero en Galia, y de qué manera terminó la fiesta de aquel día.	130
XIII.—En el cual el capitán Servadac y sus compañeros hacen la única cosa que habia que hacer.	141
XIV.—Que prueba que los humanos no están hechos para gravitar á doscientos veinte millones de leguas del sol.	152
XV.—Donde se refieren las primeras y las últimas relaciones que se establecieron entre Palmirano Roseta é Isaac Hakhabut.	163
XVI.—En el cual el capitán Servadac y Ben-Zuf hacen un viaje y vuelven como habian ido.	173
XVII.—Que trata de la gran cuestión de la vuelta á la tierra y de la proposición atrevida que hizo el teniente Procopio.	186
XVIII.—En el cual se verá que los galianos se preparan para contemplar desde cierta altura el conjunto de su asteróide.	197
XIX.—En el cual se enumeran minuto por minuto las sensaciones é impresiones de los pasajeros de la barquilla.	208
XX.—El cual en contraposición á todas las reglas de la novela, no termina por el casamiento del héroe.	215







Se publica esta edicion, por cuadernos de 32 páginas á un real en Madrid y real y medio en provincias.

Se admiten suscripciones en la librería de los editores, calle del Príncipe, núm. 4, y en casa de sus corresponsales, y se remite al que mande su importe en sellos de correo.